

CUENTO DE NAVIDAD

por Enrique A. Carrillo

Para volver de su oficina al hotel en que se hospeda, Ignacio Rondueles dió un rodeo por calles apartadas. Era la tarde del 24 de diciembre. Resonaban pitos y matracas, refulgían los escaparates, y ante ellos se detenían las bandadas de chiquillos y contemplaban los juguetes con ojos de concupiscencia y sonrisa esperanzada. En los mostradores de las bodegas se levantaban olorosas y encendidas pirámides de naranjas y manzanas, en simétricas hileras; acostados en las fuentes de porcelana, sobre un lecho de berros y perejil, yacían panza arriba los pavos y los pollos orondos, dorados a fuego. Entre el hormigueo de los compradores se deslizaban los dependientes, revestidos de blancos mandiles, como barchilones. Vibraban incesantemente los timbres de las cajas registradoras. Agiles manos envolvían en albos papelotes la succulenta mercancía y la aseguraban con redes de bramante. Con el paquete balanceándose en su dedo meñique, salía después el *pater familias*, congestionado y gozoso, llevando en los lentes brilladores el anticipado espectáculo de la cena

hogareña, del mantel immaculado, del cacharro lleno de flores, de los cristales chispeantes, de la esposa diligente que taja, trincha y distribuye las viandas, de los puñitos gordezuelos que se tienden mientras se mezclan la súplica y la risa, de la vasta pantalla de seda amarilla que cobija seres y manjares bajo un reflejo de felicidad.

Es el *nessun maggior dolore* del poeta florentino el que, gravitando sobre el espíritu de Ignacio Rondueles, le induce a dirigirse a su hotel por las vías menos traficadas. Hace diez meses dejó a mujer e hijos en aquel sosegado rincón de provincia donde saboreaban reunidos una dicha apacible, para trasladarse a la capital, atraído por el señuelo de un fructífero negocio. Creyó en el buen éxito inmediato y en la ganancia ingente. Arriesgó lo que poseía. Recurrió al crédito para salvar las sumas invertidas, y ahora se debate entre mil dificultades y complicaciones, sostenido por su fé en la excelencia de la empresa, en la cual los mismos prestamistas querrían subrogarlo, y se esfuerzan, con tal objeto, en precipitar su ruina. Entre tanto, había debido renunciar a ciertas apariencias fastuosas con que la experiencia aconseja aderezar estas iniciativas comerciales. Ya había abandonado el automóvil de *remise* en que antes se pavoneara, y desocupado su lujoso departamento del Hotel Bolívar para mudarse a otro albergue más modesto, en el cual, en un oscuro tercer piso, que retenía en sus pasillos todos los tufos de la cocina, era, "el señor del 51". Allí, al menos, no

le molestaba la algarabía de los felices, y desde su mesa de trabajo, mientras repiqueteaba la "Underwood", su vista se recreaba en los magros encantos de un jardín sin flores, que languidecía entre los muros estrechos de un patinillo interior.

Un jardín sin flores... Eso era su vida, desde que se desprendió de los brazos satinados de su Aurora, desde que escuchó, por última vez, aquel triple clamor argentino:

—Adios, papacito...

—Tráeme una muñeca ben grande, papacito...

—Vuelve pronto, papacito querido...

Volver pronto era su mayor deseo. Mas, para no volver con la bolsa escueta y un cardumen de deudas sobre los hombros, necesitaba demorarse y luchar contra el destino. Este único afán le retenía, porque en la capital, su semilla de ilusiones sólo produjo cosecha de desengaños. Al principio, en los días de la escarcela repleta, no le habían faltado amigos que lo buscaran, que lo atendieran, que le mintieran estimación y afecto. Ahora se retiraban. Algunos, atacados de miopía repentina, ya no lo reconocían. Los otros ya no lo abordaban, brazos abiertos y sonrisa de oreja a oreja, con una exclamación cordial: "¡Mi querido amigo!", sino le arrojaban distraídamente un desdeñoso: "Hola, Rondueles"... que le caía en ánima ulcerada como cobre en sombrero de mendigo. Los más constantes y benévolos, de cuando en cuando, solían detenerse, indagaban "cómo iba aquello", y, suprema expresión de la

gentileza limeña, insinuaban: "Hombre, tomaremos algo". El invitado, que se había vuelto arisco y rehuía los compromisos onerosos, declinaba el convite, se despedía. El grupo le veía marcharse con mirada entre piadosa e irónica.

—¡Pobre Rondueles —apuntaba uno—, está muy fregado!

A lo cual añadía aquél que más le sonsacara los cocktails y los puros:

—Bah, ¿quién le manda meterse en firuletes? Todavía anda pendiente la cuenta del automóvil.

Tenía también, Rondueles, algunos parientes cercanos, que le acogieron con cariño a su llegada; pero, a medida que sus recursos menguaban, el parentesco se iba adelgazando. Tanto, que de cercanos, los tales parientes, a fuerza de distanciarse, se convirtieron en lejanos, y alguno de ellos, por temor de que le pidiera algo más, ya no le daba a Ignacio ni los buenos días.

En estas miserias cavilaba Ignacio Rondueles, con los ojos duros y los labios apretados, mientras atravesaba la población, ofendido por el regocijo de los demás, en la suave tibieza de aquel crepúsculo decembrino. Y conste que Rondueles no pecaba por exceso de sentimentalismo, ni por exagerados repulgos de susceptibilidad. "En este mundo, cada cual se agarra con sus uñas": así formulaba él su doctrina vital. Pero, tal como la moda ha establecido el Día de la Madre, el Día del Libro, el Día del Carácter, etc., así la vieja tradición familiar y cristiana señala

la fecha del nacimiento de Jesucristo como la fiesta de la sensibilidad. Todos los recuerdos amables y dulces que la mente atesora y acaricia se refieren a la noche de navidad, bautizada, por unánime consenso de los corazones, con el nombre de Nochebuena. Buena, porque todas las bondades florecen en ella: la bondad del Dios niño, la bondad de la Virgen Madre; la bondad de los poderosos, simbolizada en los Reyes Magos; la bondad de los humildes, encarnada en San José y en los pastores; la bondad animal e instintiva del buey y del asno; la bondad infinita, que desciende por el hilo tembloroso de la estrella. Ignacio Rondueles ha conocido todas estas bondades, se ha regalado con ellas. En noches semejantes a ésta, vió a sus padres inclinarse sonrientes sobre su camita, besarle en la frente, tenderle el oso de trapo y el cucurucho de bombones, en tanto, que en las camitas vecinas ya estallaba, en tambores, flautas y cornetines, el alborozo de sus hermanos. Hace un año apenas, Aurora y él han penetrado de puntillas en la alcoba de los pequeñines y han colmado de maravillosos presentes los zapaticos. Cogidos del brazo, han suspendido el aliento para deleitarse con el cuadro de aquellas cabecitas alborotadas, para oír aquellas respiraciones tranquilas y puras, y después, en silencio, han cambiado un beso largo y hondo, con sabor de miel. A la mañana siguiente, todo era en la estancia gritos alegres y batir de palmas. El mismo, al calzarse las zapatillas, ha encontrado dentro de ellas media docena de pañue-

los muy finos, con un precioso monograma bordado. Aurora ostenta en la muñeca delicada el relojito de platino que la embelesó una tarde, al volver del cinema. El milagro del beso se ha repetido y Aurora, con su voz fresca y reposada, ha dicho simplemente: "Nacho, ¿me quieres?".

Ignacio Rondueles sube pausadamente las escaleras de su hotel. En la casilla, junto con la llave, halló una notificación del Banco. El próximo 27 vence un pagaré por doscientas ochenta libras. ¡Hum! ¡El día de la sensibilidad, la noche de la bondad! Atente a huevos y tomarás caldo... Ve a descubrirle el botón de la sensibilidad y el resorte de la bondad a ese gerente encrestado y tiesecillo como un gallo inglés, que por sus modales imperiosos y sus frases cortantes parece mandado hacer para ahuyentar a la clientela. Renovará el pagaré, previa amortización de un 25 por ciento y abono de los intereses; para eso se inventaron los bancos y así prosperan; pero no lo hará sino a tirones, con altanería y desgano, para convencer a Rondueles de que, chupándole la sangre, le presta un inconmensurable beneficio.

El N° 51 toca el timbre y acude Rosita, la camarera de las ojeras violáceas, que siempre está un poco despeinada, que siempre tiene la cofia en postura de equilibrio inestable y que siempre sale del cuarto N° 67, ocupado por un huésped corpulento, desahogado y dicharachero, a quien llaman,

ignoro por qué, el agente viajero de los preservativos.

—Rosita, que me suban la comida al cuarto.

—Señor Rondueles, ¿cómo va usted a hacer eso? ¡Una noche como hoy! ¡Si el comedor está lindísimo! Lo han iluminado con bombitas de colores. ¡Hay pavo y espárragos, señor Rondueles! ¡Y van a bailar! Figúrese que han contratado la orquesta del maestro Rospigliosi.

—¿Qué me cuenta usted, Rosita? Con mayor razón comeré aquí.

Aburre comer solo. Causa cierta repugnancia comer en el propio aposento. Aspirar el olor de los guisos antes de engullirlos, es desesperante. Bastóle a Ignacio asomar las narices al pasillo para enterarse de que hoy le servirían tallarines, pescado frito, pavo, espárragos a la parmesana y helados de lúcumas. Despachó, pues, los alimentos, de prisa y a trompicones, como se pasan los malos bocados. La memoria, implacable suscitadora de emociones, proseguía, entre tanto, su trabajito tenaz. En un disco de su victrola, allá en la casita provinciana, tenía él este lloroso tango, que ascendía, ya jadeante y moribundo, desde el comedor del Hotel. ¿Qué estaría haciendo Aurora? Sin duda, en el escritorio, envolvía en papel de seda los juguetes y las golosinas que mañana, al despertarse, descubrirían, alborozadas, las criaturas. Hace un año... Para arrancarse a la obsesión rememorativa, Rondueles emprende, lápiz en ristre, una conversión de francos en dólares. De siete

a doce, cinco; de cuatro a trece, nueve... Hace un año, los suegros, gente bondadosa y algo simple, les habían acompañado a comer. Aurora había preparado una deliciosa corbina en mayonesa, y su madre política, *misia* Valentina, un flan de leche que sabía a gloria. Sí, don Francisco sería un hombre cabal, sin su fastidiosa pasión por el chaquete y sin su horror por las corrientes de aire. *Misia* Valentina era una santa mujer; pero ¡qué manía la de relatar, de pe a pa, la trama de las películas!... Abonaré a cuenta cincuenta libras, y si el gerentito de tres al cuarto me suelta una de sus pachotadas, le canto la cartilla. ¡No faltaba más!... Hace un año... Lo que más me gusta en Aurora es esa sencillez en las maneras y esa cautela en las palabras, en las cuales se revela una señora. ¡Y su confianza! Le inspiro una confianza absoluta. Cuando ella quiere clausurar una discusión, lanza este argumento decisivo: "Nacho lo ha dicho". Y basta.

Rondueles siente un picorcillo en los ojos y una aspereza en la garganta. Sonriendo, con un dejo de amargura, repite su observación callejera: Nochebuena, fiesta de la sensibilidad. Pasea a grandes zancadas y menea la cabeza. Amigo Rondueles, hay que trabajar recio, para marcharse cuanto antes de esta tierra, donde las gentes son frívolas, egoístas y burlonas. A Crisantito, que es tan serio y tan inteligente, no lo mando a Lima a educarse, por nada. que aprenda inglés y teneduría de libros, que se desarrolle con vigor y con salud, que sepa trompearse,

que desconfíe... Otro gallo me cantaría si yo hubiera estudiado el inglés y si no me engañara tan fácilmente. En cuanto a las chicas...

Rondueles se detiene ante la ventana. En el patiecillo se han extinguido las linternas chinescas y el jardín sin flores toma un triste baño de luna. Allí, en la tierra, las noches de luna son frías y transparentes, como talladas en cristal.

Para calmar los nervios y ponerle mordaza a la memoria, lo mejor es la piedad del sueño. Ignacio comienza a desnudarse. Se quita los zapatos, entrea-bre la puerta, los deja caer sobre el felpudo, para que en la madrugada los embetune el cuartelero. Son unos zapatos de charol con caña de ante. Tienen el aspecto un poco ridículo de las cosas elegantes venidas a menos. Ante desteñido, charol deslustrado, tacones en chaflán: con ellos corre en pos de la fortuna Ignacio Rondueles. Viéndolos así, huecos y desorejados, se diría que ellos también esperan, en la vigilia de las esperanzas, las larguezas de San Nicolás.

Ignacio Rondueles duerme mal esta noche. Le angustia un sueño con ribetes de pesadilla. Navega, embarcado en uno de sus zapatos, en un mar denso, sin olas, que parece de aceite. Cerca está la playa, y en ella Aurora, Crisantito, Julia y Amelita le tienden los brazos y le llaman: "¡Nacho, papacito!" Pero el zapato no avanza, aunque él rema desesperadamente, con un lápiz azul y un lápiz colorado a guisa de remos. En la orilla, al abrigo de unas rocas,

don Francisco y el gerente juegan una partida de chaquete; y éste último, volviendo el rostro malévolamente hacia el grupo de la madre y los tres pimpollos, murmura, con agrídulce cortesía:

—No se desgañite, doña Aurorita, no se desgañite, es inútil. El barco no avanza porque tiene doscientas ochenta libras de peso.

Pero los queridos seres no le hacen caso y siguen clamando con voces finas y lastimeras, como al compás de un tango: “¡Ven Nacho! ¡Vuelve, papacito!”.

Rondueles duerme mal. Sólo en la mañana, un sopor de plomo cae sobre su cerebro como una lápida. Se despierta a las diez. Un rayo de sol atraviesa la estancia como una espada de oro. Abre él la ventana, y el calor y la alegría mañanera se precipitan en el cuarto. En el patiecillo, las linternas chinescas, desarticuladas, se balancean como arlequines ahorcados.

Ante la puerta, dentro de uno de los zapatos, un mensajero ha dejado una tarjeta postal y un cablegrama. Rondueles lee: “Cariños de todos. Felices pascuas. Aurora”. En la postal, Aurora, con la menorcita en el regazo y Crisantito y Julia a diestra y siniestra, le mira, con aquellos ojazos graves, serenos. Los cuatro sonríen.

—¡Felices pascuas, señor Rondueles!

Es Rosita. Sale del N° 67. Lleva la cofia derrengada sobre la nuca y las ojeras le pintan, en el semblante pálido, un sello de esmorecido arroba-

miento. También la camarera ha celebrado, a su modo, la fiesta de la sensibilidad.

Ambos se miran un instante, y Rosita se aleja corriendo y llega a la cocina desternillándose de risa.

—¿Qué le pasa a usted, Rosita? —pregunta el pinche—. ¿Le ha hecho cosquillas el pasajero del 67?

—Cállate, tonto. Me río, porque al tipo del 51 le pasa algo serio. Acabo de verlo, en pijama, con un par de zapatos en una mano y unos papeles en la otra, y las lágrimas le brotaban como garbanzos.

—¡Pobre señor! ¿Y por eso se ríe usted, bandida?

—¡Qué quieres! No puedo con mi genio. A mí, cuando un hombre llora, siempre me da risa.